



NUEVAS PERSPECTIVAS



Laura Sánchez Serrano

Pilar Albarracín

Exorcismo nacional

Ser español por el mundo no es fácil. ¿Cuántas veces os han preguntado si bailáis flamenco o si os gustan los toros, tras haber desvelado vuestro origen ibérico? ¿Cuántas veces habéis explicado que en España no hay sólo flamenco y toros, sino todo un conjunto de culturas repartidas por las diferentes comunidades autónomas, con sus particularidades, historia, folclore, lengua y tradiciones? En plena globalización, no me deja de sorprender que nuestra imagen de españoles siga aún reducida a la bailaora de flamenco, al toro y al torero. Una identi-

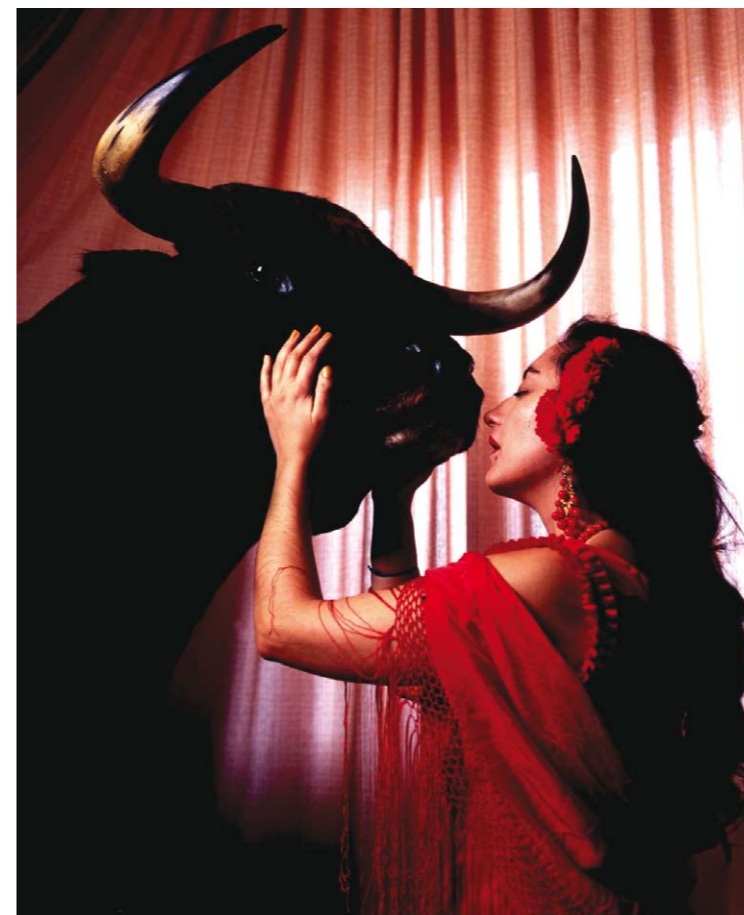
dad mutilada, reconstruida y exportada por el cine, la publicidad y las agencias de viajes, que desde tiempos franquistas han concentrado principalmente su atención en lo anecdótico y colorista de la cultura andaluza, para vender una imagen reductora de España.

Partiendo de esta pseudo-identidad prefabricada y patética, la artista **Pilar Albarracín** (Sevilla, 1968) analiza y deconstruye los clichés nacionales, a través de imágenes ridículamente divertidas o terriblemente dramáticas, que nos desvelan, a golpes de tragedia y

de ironía, una verdad ignorada, oculta bajo los volantes y el traje de luces.

Una orquesta de fondo, en la penumbra. Una mujer en el centro con una bata de cola blanca, iluminada por un foco de luz. El pasodoble comienza a sonar y la mujer, solemne, de mirada combativa, alza una aguja y comienza a punzar su cuerpo repetidas veces, convirtiendo su sangre en lunares, manchas de su propio sufrimiento que engalanan el traje de flamenca. La mujer no es otra que la artista, Pilar Albarracín, quien ataviada de un blanco deslumbrante, protagoniza esta escena de violencia y belleza extremas. El cuerpo de la artista se convierte en lienzo, su sangre en pintura. El pasodoble marca el ritmo de esta escena trágica, que culmina con la artista en pie, vestida de blanco con lunares de rojo sangre, mirando al público con un dramatismo desafiante. Una imagen que se clava en el recuerdo y que, personalmente, me ha perseguido desde que la vi en París¹, allá en el 2008.

El arte de Pilar Albarracín es directo y demoledor. Desde su primera obra —*Sin título (sangre en la calle)*, realizada en 1992, un vídeo en el que una mujer yace desangrada en la calle,



^ «Verónica», 2001.
Fotografía color, 156 x 120 cm.
Imagen © Pilar Albarracín.

> «Lunares», 2004.
Acción / Performance.
Documentación videográfica (1' 26") y fotográfica.
Imagen © Pilar Albarracín.
Cortesía de la artista & Galerie Vallois, Paris.



«Le Duende volé», 2012.
Fotografía color.
Imagen © Pilar Albarracín.

«Techo de ofrendas», 2004.
Instalación.
Dimensiones variables.
Pieza única.
Coproducido con la Junta de Andalucía y la Maison Rouge - Fondation Antoine de Galbert.
Imagen © Pilar Albarracín.



frente a las miradas curiosas y horroizadas de los transeúntes—, la artista sevillana ha tratado toda una serie de estereotipos que van desde el folclore y las tradiciones populares, a los mitos religiosos o al rol de la mujer en nuestra sociedad. Protagonista de la mayoría de sus obras, Pilar Albarracín se transforma en bailaora de flamenco, cantaora, víctima de un crimen, ama de casa o personaje público, e interpreta situaciones exageradamente ridículas o dramáticas, desestabilizando los grandes tópicos de su cultura: la andaluza.

Una mujer de rojo Almodóvar entra en una cocina, dispuesta a hacer una tortilla. Tras poner seis huevos en un bol, coge las tijeras del pescado y comienza a desgarrarse violentamente el vestido, mezclando los pedazos con el huevo. Aceite de oliva en una sartén, fuego, un par de vueltas y la *Tortilla a la española* (1999), no de patata sino de trozos de la propia artista, protagonista una vez más del vídeo, queda lista. O quizás se trate de pedazos de ese ama

de casa anónima, que día tras día deja un fragmento de sí misma en cada plato que cocina, en cada camisa que plancha. Con una sonrisa, Pilar Albarracín muestra el resultado a la cámara. En formato de *reality* televisivo, la artista se mezcla de nuevo en su propia obra y nos impulsa a reflexionar sobre la profundidad de lo cotidiano. Una vez más, sencillez, intensidad y emoción concentradas en tan sólo unos minutos.

Pero no todo es dramatismo en la obra de Pilar Albarracín. Uno de sus principales recursos es la ironía y el humor. Así lo demuestran sus *Series flamencas* (2009), en las que la artista utiliza postales y recuerdos de Andalucía de lo más kitsch, personificándolos con su cara; o *Verónica* (2001), una fotografía donde la Pilar Albarracín aparece vestida de flamenca besando a un toro. De igual audacia son *Sin título (Torera)* (2009), una fotografía de la artista, vestida de torera, con zapatos rojos de tacón y una olla *express* bajo el brazo, en la que se representan de forma sarcástica las con-

secuencias de la emancipación de la mujer, que a pesar de haber adoptado roles masculinos, sigue siendo ama de casa y amante; o *Le duende volé* (2012)², un vídeo donde, de nuevo de flamenca, escala la fachada de un bloque de pisos, ayudada por una cuerda, como si de un superhéroe se tratase.

Ironía, pasión, brutalidad. En un mundo globalizado donde las identidades nacionales se disuelven —aunque quizás por ello mismo también se radicalizan— es interesante analizar la obra de Pilar Albarracín, y preguntarnos no sólo sobre cómo nos ven los demás, teniendo en cuenta todos los clichés fuertemente extendidos y fuente de inevitables prejuicios, sino sobre cómo nos vemos a nosotros mismos, cuál es la imagen que exportamos, nosotros, españoles por el mundo. ■

1. «Pilar Albarracín. Mortal cadencia». Exposición en La Maison Rouge París, 2008.
2. Presentado en el XXIV Festival Arte Flamenco, Musée Despiau-Wlérick et Dubalen, Mont de Marsan, Francia.